NOTAS SOBRE LA POESIA DE ANTONIO MACHADO

POR

ALFREDO LEFEBVRE

La poesía de Antonio Machado, iniciada casi antes de la irrupción del modernismo, ha seguido su curso idéntica a sí misma como un infatigable camino de circunvalación, alrededor de todas las transformaciones de la lírica de este siglo; alrededor de todas aquellas tentativas que antes eran de vanguardia y hoy vemos tan gastadas; todo un mundo incitante que en varios aspectos encontramos superado por las actuales promociones poéticas de España, henchidas de una plenitud humana que devuelve su propio destino a la poesía, al adentrarla profundamente en la razón de ser del hombre.

Al palpar, aquí en España, la situación de su expresión en el verso, empezamos a comprender qué es lo que sucede con Antonio Machado, por qué se le mira con tanto amor y sus concepciones se vinculan a los grandes temas del pensamiento contemporáneo y constituye un maestro para las actuales generaciones de poetas.

El, que no participó de ninguna de las notas distintivas de la producción de entreguerras, la tiene rodeada por esa su voz simple, recia, de lenguaje directo, a través del cual, los objetos y los hechos aparecen por sí mismos con su fulgor instantáneo, sin transmutarse en perfecciones estéticas, presentes allí con su mera naturaleza. Basta un camino, una fuente, agua que corra o mane, una tarde, un árbol, un dolor que lacere el alma, una ironía, para

que sin ser tocados por mayores simbologías, se ofrezcan intactos, libres y con toda la capacidad de darse en cuanto materia lírica, precisamente por la integridad con que aparecen, por la integridad poética de Antonio Machado, capaz de nombrar al viento, viento y a la piedra, piedra y dejarlos convertidos en canto por el mero hecho de nombrar piedra o viento.

Hay allí una de las condiciones más deseables para toda lección de poesía, un principio de tan difícil realización como sencillo de método. Darse o dar las cosas en su estado natural, sin ser trabajadas por un ejercicio especializado del arte de las palabras, sino con la sola contención inherente al sentido común de la poesía.

Al fin, si pensamos en el primer poeta que debió ser Adán, ¿no hizo otra cosa que nombrar una vez, sin transmutar en sucesivas imágenes? La poesía, en cuanto tiene que ver con la inocencia de las palabras, habría nacido ese día en que Adán empezó a nombrar las plantas y animales, de modo que «fuese el nombre de todos los vivientes el que él les diera». No podemos concebir el desfile de criaturas frente al padre del género humano, para que él las representase en su voz. Tal vez, entonces nacía el lenguaje original. No existiría el tiempo que hoy llamamos tiempo. No se transpasaban los vocablos; eran creados frente a las cosas que designaban. Nunca ha debido existir un lenguaje tan directo, cargado con las esencias todas del universo. La poesía, en el primer jardín, era el estado natural del habla humana.

Bajo el signo de Antonio Machado, el lenguaje directo ha venido a instaurarse, quizá, como una urgencia de pureza total; por lo menos como un nuevo rigor higiénico, necesario como abrir las ventanas de un cuarto recién encerado. Así vemos, al llegar a España, que en tres de los últimos volúmenes publicados: «Escrito a cada instante», de Leopoldo Panero; «La casa encendida», de Luis Rosales, y «La espera», de José María Valverde, se cultiva ese género de expresión con resultados conmovedores, a pesar de lo peligroso del procedimiento, pues no siempre el poeta puede ser virginal y darnos la limpidez de las cosas, sin que la voz agregue en su acento las sombras del alma. Es tan peligroso como disfrazar el objeto y darlo refulgente de color y sonido, a través de relaciones inauditas, insospechadas y fecundas en trascendencia.

No se trata de defender un procedimiento para desdeñar otro, se trata de comprender el momento que uno encuentra aquí, ya desde antes presentido, desde que conociéramos «Hijos de la ira», de Dámaso Alonso.

El mismo Antonio Machado decía en un texto que debe ser muy

socorrido, pero de vigencia para algunos sectores de poesía sudamericana: «Cuando se descubrió que las imágenes específicamente líricas eran aquellas que contenían intuiciones, se llegó a la conclusión bárbara que prohibe a la lírica todo empleo lógico, conceptual de la palabra.» Asimismo, Mrs. Mynell, al comentar «Sister songs», de Francis Thomson, hace el siguiente alcance. Se refiere a las dos partes del libro: «Ambas están llenas y aun repletas de imágenes. Todas ellas tan hermosas, que casi llegan a persuadirnos de que la imagen es fin y meta de la poesía. Pero pronto aprendió Thomson que estos ritos de la fantasía son más que nada vías de acercamiento, y que en un plano ulterior existen realidades más escuetas, pero que se adentran más en el meollo de la poesía.»

Las posibilidades del lenguaje directo de Antonio Machado, en seguida la necesidad de entroncamiento con alguna línea tradicional más integradora de la persona del poeta y también la presencia de una poesía prendida en algunos extremos metafísicos de la realidad, contemporáneamente divisados, son tres fenómenos que contribuyen a explicar el actual acercamiento hacia Antonio Machado que en España se contempla. Tres fenómenos que contienen gérmenes de las condiciones de universalidad que en su entraña posee la lírica hispana, presentes en Antonio Machado.

¿En qué residirá el secreto o alguno de los secretos de ese lenguaje para hacerlo sensible a lo poético, en el caso de Antonio Machado? No encontraba enigmas. Lo que él explicó por labios de Mairena corresponde a las notas distintivas de su misma obra. Seguramente es éste un secreto a voces.

Logra el poeta la singularidad de muchos de sus poemas, al lograr que la íntima, absoluta y definitiva experiencia del instante, pleno y fugaz en su huidiza materia, alcance a fijar su esplendor en las palabras con toda «la intensa y profunda emoción del tiempo».

Este cuño de temporalidad verifica y concreta el ácido sabor, la suavidad, ardor y lucidez de un gran sector del verso de Antonio Machado. Este cuño de temporalidad alza el poema en vuelo de canto, da acceso a la penetración vidente y lo constituye en exacta representación del poeta y su mundo. Sus mismos versos testimonian cómo se realiza en ellos las diversas funciones del acto poético. Nos afirma que «se canta lo que se pierde», nos hace presente que «el poeta puede—mirar lo que está lejos—dentro del alma», o que el amor «inventa el año, el día—la hora y su melodía» (1). Así quedan referidas esas diversas operaciones de canto, videncia, creación.

Las comprende en su obra, en último término, mediante la identificación que ejecuta de la vida y el tiempo.

Esa fusión tan única de Antonio Machado adquiere eficacia estética cuando en él brota de algo permanente e idéntico a sí mismo, desde el término y principio de su individuación, desde la recóndita persona, desde donde tocamos las raíces del alma, el origen de nuestra integridad, fundamento natural de nuestras inmortales apetencias. Esta unidad del ser del poeta registra todas las pulsaciones del suceder doloroso (2).

Del Hoy que será Mañana,
Del Ayer que es Todavía.

Unidad que se contempla a sí misma, herida a fondo por el roce del tiempo. En este entrecruzamiento del flujo que desarrolla la existencia y la identidad del yo, recóndita e inconmovible, mana la nostalgia, sentimiento que viene a ser privativo de estas experiencias. Piedra angular de mucha obra poética, ese sentir nos advierte que el tiempo no es comunicación. La nostalgia se parece al mal: ausencia de un bien, carencia de algo que fué o nunca ha sido, en cuyo recuerdo o espera se desata la melancolía o el sueño, el dolor o la creación.

Mucha luminosidad se siente en la nostalgia de Machado. No sólo es la diafanidad del cristal que, dice, tienen sus sueños, sino la transparencia que el tiempo filtra en el alma, como una ciencia del vivir (3):

Ya noto, al paso que me torno viejo,
que en el inmenso espejo,
donde orgulloso me miraba un día,
era el azogue lo que yo ponía.
Al espejo del fondo de mi casa
una mano fatal
va royendo el azogue, y todo pasa
por él como la luz por el cristal.

Hay una composición de nuestro poeta, dedicada a Francisco de Icaza, que tiene la particularidad de poderse aplicar al autor en casi la totalidad de sus estrofas. Quizá se habrá reparado en ello, pero es útil considerarla, porque nos amplifica en el propio terreno lo que vamos considerando sobre Antonio Machado. Pertenece a «Nuevas canciones». El título: «Soledades a un maestro» (4).

I

No es profesor de energía
Francisco de Icaza,
sino de melancolía.

II

De su raza vieja
tiene la palabra corta,
honda la sentencia.

III

Como el olivar,
mucho fruto lleva,
poca sombra da.

IV

En su claro verso
se canta y medita
sin grito ni ceño.
.....

VI

Sus cantares llevan
agua de remanso,
que parece quieta.

Y que no lo está;
mas no tiene prisa
por ir a la mar.

VII

Tienen sus canciones
aromas y acíbar
de viejos amores.
.....

En primer lugar se declara la maestría en el sentimiento, en la proyección más aguda de la nostalgia: maestro de melancolía. Luego (II) vienen dos notas distintivas del estilo: brevedad, penetración. En la estrofa III se señalan riquezas de contenido—fruto—y carencia de consuelo—poca sombra—. En general, a través de esta rápida excursión por la obra del poeta, me ha parecido que una significación bien declarada de ulteriores esperanzas no se encuentra fácilmente, para el caso de acentuar un alcance de sombras aliviadoras, eficaces como esperanza o paz definitiva. En la estrofa IV la correspondencia es deliciosa. Nuestro poeta, tan maestro de melancolía, no cae jamás en excesos o lamentaciones. Siempre de «verso claro», haciendo «canto», «medita». Esta saludable sobriedad le permite llegar a las concepciones más dramáticas con una calma

estelar. No hay en él gritos tremendistas, como dicen ahora, y por cierto están en él inquietudes fundamentales, que se dan continuamente, pero con la alta serenidad del espíritu. A ella se alude en la estrofa VI. Este poeta que ha identificado la vida con el tiempo, le ha dado a la primera toda la dignidad y solemne sosiego del suceder impasible, el cual no teme la acumulación de los días y las noches, de los meses y los años, ni tampoco acelera el desenlace de las criaturas que va consumiendo. «Agua de remanso», dice la estrofa; ambiente y paisaje de su nostalgia, placidez en que el sentimiento se desenvuelve, ajena a lloros y desgarros, con luz propia, con belleza, con la unidad de sí alerta al borde del sendero, con «el cristal de los sueños» nunca empañado.

Muchas veces aparece en los textos la voz melancolía. El sustantivo, el adjetivo, el adverbio correspondiente nunca intensifican el tono ni agudizan un desencanto. Más bien mantienen, en la reciedumbre machadiana, la medida emotiva a la calma del suceder, al reposo de la naturaleza, al sosiego del corazón, «sin prisa por ir a la mar». Hasta los poemas de paisaje se tiñen de esa emocionalidad. La fuente sólo sabe «historias viejas de melancolía» (5), en «Orillas del Duero» aparece una «agria melancolía» (6), en «Soria ve», «la agria melancolía de la ciudad decrépita» (7). El menor de los hermanos Alvargonzález tenía los ojos «llenos de melancolía» (8), y, por último, la melancolía se corporiza, independiente del sujeto que la lleva y queda vagando por los jardines (9).

No es posible, sin embargo, que se llegue a un clima lacrimoso; la serenidad se mantiene en sus cantares, aunque no esté quieta. ¡¡Ay de la melancolía—que llorando se consuela! (10).

En la estrofa VII del poema que nos refleja a su autor, se alude a resonancias del vivir, su material poético: «aromas y acíbar de viejos amores». Nótese la antítesis de los términos; los extremos del encanto y del dolor, la ingenuidad dulcísima y el padecer más destemplado.

La más honda amargura, sin embargo, no se da nunca sin la medida de su gran serenidad de espíritu, sin la contención de su sobrio estilo, sin la hondura de su madurez humana y sin la íntima nostalgia del hombre que está en este mundo, mientras los días pasan.

Desde su luminosidad serena y firme, todas las formas de nostalgia se dan en Antonio Machado. Hay la nostalgia que evoca (11):

Aguda espina dorada,
quién te pudiera sentir
en el corazón clavada.

Hay la nostalgia que espera (12):

...un algo que pasa
y que nunca llega.

Hay la nostalgia que sueña (13):

No te verán mis ojos;
¡mi corazón te aguarda!

Por la brevedad de días señalados para apuntar estas cuartillas de homenaje chileno al poeta, no alcanzamos a desarrollar todos los matices y alcances que la nostalgia tiene en su poesía. Sin analizar todo ese universo, sólo buscamos algo que sea la evidencia más esclarecida de ese sentir, sin trasladarnos a ulteriores consecuencias de muerte y esperanza definitiva, situados solamente en la orilla del camino machadiano.

La evidencia que nos queda del sentir nostálgico podrá ser un lugar común, pero en la poesía se nos suele dar con el vislumbre de todas las ansiedades de la vida. Y no es más que la difícil soledad, cuya comprensión, como situación de la existencia en este mundo, da el sentido para caminar aquí y ahora. La práctica de la vida requiere esa ciencia. En Antonio Machado la encontramos abundante y verifica en su cantar «el salmo verdadero». En Antonio Machado la soledad llega a constituir un misterio que su nostalgia inquiere como lo manifiesta el soneto «Oh soledad, mi sola compañía» (14).

Toda conciencia de soledad puede darse con gozo de libertad o con nostalgia de alguien. La soledad es un bien, pero también es una maldición. ¡Ay del que está solo!, exclaman las Escrituras. Un autor expresaba que no es lógicamente imaginable un sujeto solitario, un sujeto sin objeto. Sabemos también que sin soledad es imposible llegar a sí mismo. Aquí se nos atraviesan dos concepciones, dos puntos de vista verdaderos. La nostalgia da testimonio de la necesidad de compañía. Los místicos que amaban la soledad, sentían también la nostalgia del Amado.

Antonio Machado tiene unos proverbios en los que afirma (15):

No es el yo fundamental
eso que busca el poeta,
sino el tú esencial.
.....
busca el tú que nunca es tuyo
ni puede serlo jamás.

Desde luego, existe una emoción retenida en la sequedad de la forma aforística, tan comparable con la que se puede hacer ostensible y directa, como en este conocido ejemplo (16):

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

La sentencia de aquellos proverbios viene conducida por un principio tan absoluto como el que nos dice que la materia es impenetrable a la materia. Allí se denuncia la limitación del amor criatural, lo que constituye una especie de imposibilidad ontológica de que el corazón pueda ser de otra manera, de que el amor llegue al instante divino de abrazar para siempre. Muchas veces se trata de una limitación moral, de una deficiencia volitiva, del simple no querer. La dignidad humana de la poesía de Antonio Machado no llega a señalar nunca en la situación de soledad, los aspectos de ajenas culpabilidades. La soledad aparece intacta y objetiva, hasta verse corporizada como «musa del portento», con la faz siempre velada, como un misterio de voz amante (17). Desde su estado de solitario, el poeta llega, a veces, a no evocar a través de su nostalgia, sino a ironizar, como en este caso (18):

...No puede ser
amor de tanta fortuna:
dos soledades en una,
ni aun de varón y mujer.

No nos podemos detener a considerar este otro rostro de la poesía de Machado, quizá expuesto como el reverso de una medalla; sólo queremos sentir hasta dónde las categorías humanas de Antonio Machado se transparentan en su poesía y ver aquí si la implacable soledad se impregna de algo menos huidizo que sus sueños.

Pedro Prado, en un discurso pronunciado el día en que se le entregó el Premio Nacional de Literatura por 1949, en Santiago de Chile, emitía unos juicios que se enlazan a la ausencia de compañía que evidencia la nostalgia machadiana, juicios vistos y dichos con objetividad plena de pensamiento: «Los amores humanos a humanos seres, por grandes que sean, alcanzan, fatalmente, demasiado pronto sus límites. Los amores humanos a los seres que en alguna medida van dejando de serlo, pueden extenderse en una libertad sin medida.»

En esas palabras se recoge el punto inerte, el término irrevocable,

lo que sin pertenecer a la muerte, destruye y se esfuma en el tiempo, en un día cualquiera, no señalado, pero también en esas palabras se desborda algo, lo que puede hacer fecunda la nostalgia; hay un sobreabundamiento, algo que saca la soledad de su maldición, con poderes estimables, y la eleva por sobre su abandono. Hay un algo que permanece, y se nos queda en el ser solitario, se impone al suceder y a lo efímero. Ese algo no es sino el amor mismo.

Recordemos a Machado cuando nos dice (19):

...No prueba nada,
contra el amor, que la amada
no haya existido jamás.

Recordémosle en esto (20):

libre amor, nadie le alcanza.

Y al hablarnos de los amigos, también nos deja el vislumbre de aquellas dos situaciones: la distancia de la compañía y la permanencia de los más hondos afectos en soledad y separaciones (21):

Tengo a mis amigos
en mi soledad;
cuando estoy con ellos
¡qué lejos están!
.....

cuánto de lejos cerca le tuvimos,
y cuánto exilio en la presencia cabe.

A través de la poesía de Antonio Machado, la nostalgia siente y puede vivir el amor a solas; a veces esa nostalgia se ofrece al recuerdo de la amada; otras, labora con el olvido y el ensueño, y al cruzar toda la variedad anímica del poeta en un sitio de gran ironía, nos deja de pronto con la soledad envuelta por la nada como única compañía que «tuvo el hombre en la ausencia de la amada» (22).

Frente a ese vacío, en el que existe el alma solitaria, ante la certeza de un gran abandono en el tiempo, con la soledad de nuestros pasos, día tras día, ¿podemos encontrar en Machado una conciencia, quizás liberadora, quizás para estar y ser en la realidad, en el aquí, en el ahora, cuando «todo lo nuestro es pasar»? (23).

Hemos recorrido un breve paso por el mundo lírico de nuestro poeta, pero en este viaje se barrunta una afirmación que tiene que corresponder con viejas esencias hispanas, tal vez, con aquellas que demandan el obrar, aunque sea en sueños, o las otras que hacen

de la contemplación un germen fecundador de las acciones. Antonio Machado, bajo la tierra y sobre el cielo, nos está diciendo a cada hombre, a cada criatura venida a este mundo, y lo está diciendo a España, y para la hora presente y para la hora que viene (24):

«Lo que importa es caminar.»

Alfredo Lefebvre.
Casilla 13.370.
SANTIAGO DE CHILE

INDICACION DE TEXTOS

Todas las citas de textos están tomadas de la sexta edición de *Poesías completas*, Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1946. El número arábigo indica la página; el romano, el poema.

(1) 387, VI; 76, LXI; 386, II.
(2) 326, VII.
(3) 218, XLIX.
(4) 319.
(5) 16.
(6) 114.
(7) 137, IX.
(8) 154, IV.
(9) 248, CLII.
(10) 49, XXXIX.
(11) 22, XI.
(12) 19, VIII.
(13) 23, XII.
(14) 324, IV.
(15) 286, XXXVI; 288, XLIII.
(16) 175, CXIX.
(17) = 14.
(18) 383, II.
(19) 387, II.
(20) 384, III.
(21) 298, LXXXVI, 321, a Eugenio d'Ors.
(22) 324, IV.
(23) 217, XLIV.
(24) 220, LII.

LARA

DIME: ¿VENDRAS CONMIGO A VER EL ALMA?